

“Procusto Enamorado”

El Programa sexual y de amor del ser humano

Autor: Lic. Basconcelo Juan Carlos

Ensayista. Docente

Introducción

El eje vertebral del presente ensayo será el “Procusto enamorado” que somos. La razón se ubica en que todos jugamos a ser “Procusto” porque la lucha cotidiana de cada vida se reduce a pretender que los demás cuadren en nuestras expectativas, en nuestro esquema o modelo de mundo, en nuestro programa de vida. Lo mismo en la dimensión emocional: luchamos por legitimar nuestro modelo de amor, nuestro programa emocional, nuestra sexualidad y el otro, el partenaire se reduce al rango de “objeto” de nuestros caprichos y deseos. Claro es que todo esto resulta ignorado y el sujeto es inconsciente de que así suceda. En modo “automático”, el sujeto se dedica a desear, e incluso al sexo sin que medien ideas de que es su programa sexual y de amor el que dicta los imperativos emocionales que lo obligan a un tipo de elección del objeto sexual así como del objeto de amor.

Persistimos, insistimos, luchamos, “perseveramos en ser” (Spinoza) desde lo emocional y para lo mismo, utilizamos tanto nuestro “Programa sexual” como el “Programa de amor”. Tal la problemática de éste libro.

Sabemos que Freud se dedicó al tópico de la libido, la pulsión y que los analistas se dedican a pregonar sus ideas sin mayores anhelos. Contrariamente, considero que el denominado “Síndrome de Procusto” resulta más abarcativo

que la idea de “repetición” como por ejemplo cuando repetimos ídem patrón emocional. Como Procusto, buscamos instalar y legitimar nuestro modelo de amor, nuestro programa emocional y aún a fuerza de insistencias, perseverancias, luchas, que en muchos casos, culminan en rupturas, divorcios, violencias de parejas. Es que, como en el teatro, la pareja que reclamamos como nuestro modelo de amor, se funda en un programa de amor, en un “Guión emocional” que jugamos inconscientemente en el teatro de la pareja y la familia. De modo que, no podemos tratar de “Enfermos mentales” a las parejas o a sus integrantes por ignorar el programa que determina un estilo de amor con sus vicisitudes.

¿Quién fue “Procusto”? Del griego “Prokroústes” y que significa “Estirador”, Procusto fue un personaje mitológico interesante para tomar como modelo de cómo somos en muchos ámbitos de nuestra vida y no solo en el campo del amor. También se lo llamó “Damastés” porque era “Controlador”, “dominante”. Procusto era un bandido del Ática y a los peregrinos que pasaban por su casa los invitaba a su pequeño lecho y cuando éstos dormían, los ataba de pies y manos, para luego cortarle lo que sobraba de pies, manos y cabezas. Es decir, si no cuadrabas en su esquema o “lecho”, simplemente te mutilaba para que cuadres. Esto lo vemos cuando descalificamos al diferente, criticamos las ideas del prójimo, o incluso nos peleamos y divorciamos en el amor etc., por lo que no cuadra con nuestras ideas, ideologías, etc. Si sus víctimas eran más pequeñas que la cama, los estiraba descoyuntando sus huesos hasta que cuadre en la cama. Como cuando exigimos, y consideramos que el otro está

“Equivocado” o posee “distorsiones” respecto de nuestros esquemas, ideas o sentimientos. Por ello, como nadie coincidía con su lecho, todos morían y de hecho, se dice que poseía dos camas, una chica y otra más grande, y siempre terminaba matando a sus víctimas.

Sus terroríficas peripecias culminaron cuando invitó a Teseo a que se acueste en su lecho. Pero éste, le solicitó que sea él quien se acueste en su propio lecho y cuando lo hizo, lo ató de pies y manos y le cortó la cabeza, las manos y los pies tal como él mismo propinaba a sus víctimas. Fue el último gran acto heroico de Teseo.

Por extensión al campo emocional, la pareja y las relaciones humanas, decimos que el denominado “Síndrome de Procusto” consiste en la tiránica exigencia de conformidad del otro o de los demás a los dictados del propio modelo de mundo, programa emocional, guión de pareja, estilo de vida, etc. De manera ignorada o inconsciente, solemos luchar para imponer nuestro propio “Lecho de Procusto del amor” y lo consideramos incluso como amor auténtico, legítimo, sin fisuras, averías ni distorsiones. En todo caso, el equivocado es el otro, tildado incluso como “enfermo mental”.

Constituye un “reduccionismo subjetivo” unilateral donde se busca reducir la complejidad del otro, del mundo, etc., a los propios esquemas emocionales. Digamos que, es el otro quién debe adaptarse a nuestros esquemas o modelos de amor y de mundo.

En el campo del amor, cada integrante busca legitimar su propio lecho, su propia “camita singular”, para que el otro cuadre y cuando no existen coincidencias, se le cortan las

piernas, las manos y la cabeza para que cuadre en las propias expectativas. Aparece así la “lucha Intersubjetiva”, la lucha por instalar el propio “Guión de amor” y sabemos que nadie cede un ápice en éste proceso, utilizándose diversas estrategias, algunas de sumisión, otras de imposición, etc. Sabemos que lo que Procusto defiende es todo un sistema de vida, un modelo de vida, un linaje, un estilo del “deseo de ser” (Sartre), un “Programa de amor” y ello le resulta completamente ajeno a ambos contendientes. De modo que, todas las problemáticas del amor, la pareja, los divorcios, las violencias de parejas, las infidelidades, etc., constituyen el campo de los “Malentendidos humanos” merced a la alienación y el desconocimiento de nuestro Programa de vida. Lo que muchos consideran como algo alejado de las ideas, el Proyecto vital o Programa de vida, etc., se relaciona con un modo de ser, con esquemas emocionales, con un “Programa sexual y de amor” que estudiaremos en sus diferentes dimensiones partiendo de la metáfora de “Procusto enamorado”.

Lo que podemos denominar “La crisis del amor postmoderna” no se funda en que todos somos “Enfermos mentales” sino en éste “Síndrome de Procusto” del necesitamos liberarnos para llevar a cabo un programa sexual y de amor en compatibilidad con el del partenaire, más libre de conflictos molestos y en pro de un estilo de amor y de pareja “feliz”.

El “Programa sexual” y el “Programa de amor”

Hablar de “Programa sexual” y de “Programa de amor”- como dos caras de un mismo proceso-utilizando terminologías computacionales no constituye un enfoque mecanicista de nuestra vida emocional porque hablamos de un “Programa simbólico”, hacemos honor a los descubrimientos de Levi Strauss respecto de la eficacia simbólica, del estatuto de “seres simbólicos” que somos desde que Freud estudió el simbolismo humano tanto como Lacan u otro. Desde la dimensión biológica, podemos entrever que nuestro ADN programa un cuerpo biológico que luego, vía epigenética, cobra su cariz de sexual y de cuerpo simbólico, sujeta a la cultura, al lenguaje, a las significaciones sociales. Por lo que, un órgano sexual, tanto como las hormonas implicadas no determinan la vida sexual en los seres humanos. Medían determinaciones psicológicas, simbólicas, sociales y culturales que necesitamos analizar desde la metáfora del “Programa mental”. Un “Programa mental” se compone de “archivos” o informaciones que se almacenan en la memoria como “hologramas emocionales” donde el sujeto aparece como director de orquesta y de escena, de engramas emocionales, modelos de comportamientos emocionales, y niveles simbólicos que posibilitan al programa su funcionalidad, su direccionalidad o finalismo (Principio teleológico de la vida) y su característica de permanecer activo según la lógica de las circunstancias. Por ello, hablar de “Programa emocional”-

como la otra cara del programa mental- hace honor a la vida sexual y a la capacidad de amar de todo ser humano. Para poder amar y tener excitaciones sexuales, necesitamos estructurar nuestro Programa sexual y de amor. Son dos caras de la misma moneda: de una cara lo sexual y del otro el amor, ambos vinculados intrínsecamente. Toda excitación sexual conlleva patrones amorosos, modelos vinculares de amor, un “Guión de amor” o engramas emocionales que la posibilitan. De la misma manera, todo amor se vincula con lo sexual, ya sea en forma directa o a través de formas indirectas y alejadas pero que desde un análisis más detallado nos conduce a lo sexual. Sabemos que las primeras etapas del amor implican un menor monto de excitabilidad, que-gradualmente-cede paso al amor pasional como amalgama de libido y programa emocional. La maquinaria simbólica productiva posibilita la activación de la faz emocional que aparece así como efecto de aquella.

Hablar de “Programa emocional” implica que nuestra sexualidad no es caótica y sigue patrones bien delimitados, gracias a que se activan funciones hormonales, el aparato reproductor desde el nivel psicológico, lo que obedece a engramas emocionales. Precisamente, hablar de “Hologramas emocionales” de ídoles eróticos resulta positivos para comprender el tema porque abarcan imágenes sexuales, zonas erógenas, aparatos sexuales, etc., donde el sujeto es el protagonista de las condiciones de su vida emocional. Tales hologramas emocionales abarcan al sujeto, el objeto de su amor o de placer sexual, el engrama particular o “Guión emocional” y la puesta en acción de todos los elementos como “fantasías sexuales”. De modo que, nuestra

vida sexual está programada tanto como nuestro estilo o formato de amor. Cuando un joven se enamora en la adolescencia, activa sus hologramas de amor, su estilo singular de amar, su guión de amor y se autosugestiona tanto como se deja poseer por la escena que moviliza desde su fantasía. Es decir, pone en marcha su programa sexual y de amor que progresivamente se posesionan del sujeto en el sentido de ser sugestionado por el mismo. Sabemos también que ello se vincula con el programa biológico donde las gónadas se han desarrollado, hay irrupción de hormonas en ambos sexos, y que tales activan el programa emocional posesionándose del sujeto. Es decir, un programa se activa porque estamos programados para amar y tener excitaciones sexuales tomando como referentes y modelos identificatorios a nuestros padres en primera instancia. En nuestra memoria emocional, almacenamos engramas emocionales, hologramas sexuales y de amor, un Guión de amor y sexual, todos singulares, y que, llegado el momento, se activan según la lógica de las circunstancias. De modo que nuestro Programa sexual y de amor se vinculan, aunque el amor puede cobrar relativa autonomía según su forma: el amor a sí mismo, el amor heterosexual, el amor materno, paterno, fraterno, etc. Todas estas formas de amar implican una programación diferenciada donde no opera un cerebro y su programa sino el nivel psíquico, un sujeto y su Programa de vida, donde el programa emocional constituye un subprograma, y el proceso de programación simbólico que la posibilita.

Por ello, en éste trabajo vamos a equiparar “Deseo sexual” con “Programa sexual” y en función del programa de amor. Con ello, vamos a salir del enfoque “Sensualista” donde se

privilegia los efectos corporales del programa emocional como cuando Freud toma como causa de la sexualidad la “Pulsión sexual”, cuando la pulsión o excitación sexual y su energía libidinal constituyen “efectos” de una maquinaria simbólica o “Programa sexual y de amor”.

De modo que delimitamos dos campos de manifestaciones del programa emocional: el cuerpo como zona de efectos del programa emocional y la dimensión mental donde prevalecen los hologramas emocionales que constituyen experiencias eróticas y emocionales simbolizadas en imágenes o identificaciones con prevalencia del deseo del sujeto en relación a su objeto de deseo.

La sexualidad humana se programa gracias a “experiencias intensas” de ternuras, caricias, excitaciones, besos, etc., que se graban y posibilitan “impresiones” (K. Lorenz, “imprinting”) o “fijaciones” (Psicoanálisis) como hologramas emocionales funcionales que se pueden activar cuando aparece una situación emocional. Una mujer o un hombre experimentan sentimientos sexuales y emocionales cada vez que están uno frente al otro porque se activan sus engramas sexuales y emocionales. Ello conduce a que piensen y sientan diferentes gamas de emociones como simpatías, antipatía, amor, excitación, rechazos, etc., según contenidos o engramas emocionales de su programa.

De modo que lo que denomino “Experimentación activa” del cuerpo a cuerpo, el ser erotizado, amado, abrazado, acariciado, etc., queda grabado en el programa emocional y que el sujeto invierte cuando desea y ama tal como fue deseado y amado. Digamos, los hologramas de ser

sexualizado y amado es reactivado por el sujeto como un estilo de deseo sexual y de amor en consonancia con sus programados y sus estilos sexuales y de amor. Mejor dicho, cuando un adulto ama y erotiza a un bebé, a un niño, no solo lo obliga a experimentar el placer de ser erotizado sino un estilo, un modelo de placer, de vida erótica y de amor, porque los niños al ser amados y erotizados terminan amando y deseando a las personas que los ama y desean. Claro es que tales grabaciones ocurren lejos de la “función conciencia” del programa mental y los hologramas se construyen y graban sin que el sujeto lo realice intencionalmente. En todo caso, tal intencionalidad sería en el plano ignorado o “Inconsciente”.

El “Programa Edípico”

Como concepto crucial en psicoanálisis, el “Complejo de Edipo” aparece como el fundamento de nuestra vida emocional, tanto sexual como de amor. Sin embargo, formulado en el lenguaje de los mecanismos y el “sensualismo” de Condillac, culmina en interacción de fuerzas, de energías, de pulsiones que se erigen en causas de la vida psíquica. Ello constituye un “reduccionismo sexual” porque se erige como causa lo que es efecto de un “Programa emocional” o sexual. El “Complejo de Edipo” es-en verdad-un “Programa mental”, un programa emocional “funcional” que, luego de estructurarse, permanece activo según la lógica de las circunstancias. Consiste en un “programa sexual y de amor” y no solo sexual. Si tomamos la base erótica, los impulsos como la libido, podríamos pensar que originan la vida mental pero ello es solo apariencia. Su extremo sexual se vincula además con su otro extremo, el del programa del amor, ambos intrínsecamente ligados. Pero es posible como marca la experiencia, el tener relaciones sexuales sin amor, o enamorarse y posponer la sexualidad mucho tiempo. Pero cabe aclarar que no reducimos la vida emocional a lo sexual ni aun al amor porque ambos constituyen dos caras de la misma moneda: la vida emocional de los seres humanos.

¿Por qué decimos que el Edipo es un “Programa”? No lo decimos desde el mecanicismo y sin duda, no somos una máquina, aunque personalidades como Deleuze hayan hablado de “Maquinaria deseante” respecto del inconsciente.

Hablamos de un “Programa simbólico” que pauta la vida emocional, la vida sexual que constituyen manifestaciones y resultados de aquel y no al revés. Un goce no puede ser causa porque en verdad es un efecto en la dimensión corporal del programa que se activa en su extremo de goce. Cuando el programa se centra en su extremo psíquico, mental, tenemos los “hologramas emocionales”, de amor o de vida erótica, que muchos consideraron como “fantasías”. El cerebro posibilita la construcción de tales hologramas donde el sujeto aparece como su autor y el actor de la escena que recrea lo construido en cada programa.

Decimos que el Complejo de Edipo es un “Programa Edípico” porque desde su formación permanece como fundamento de todas las manifestaciones del sujeto. Su término relativo lo podemos ubicar en la adolescencia donde se amplifica y cambia de paradigma y sus comienzos lo podemos ubicar en el mismo deseo de sus programadores: los padres. Lo que el programa codifica y archiva son “modelos” emocionales, de índole eróticos y de amor, verdaderos engramas emocionales que sufren modificaciones y mutaciones a medida que los contenidos del programa se amplifica. De los modelos Edípico conocidos, o mejor, los padres y el hijo, el sujeto arma su propio modelo de amor y de vida erótica, gracias a la construcción de hologramas más denominados “identificaciones”. El sujeto reconstruye tales modelos en su memoria emocional y tales permanecen activados y aparecen disfrazados como en los sueños, en los síntomas, en las fantasías, en las producciones artísticas, entre otros.

En un primer tiempo podemos ubicar la sexualización del hijo por los padres, la “afectivización”, los besos, abrazos, caricias, etc., que al dar placer quedan grabadas como engramas de placer, de caricias, de amor, tomando como modelo sexual y de amor a la madre y al padre. Es la visión interna del programa donde el sujeto es amado y deseado por sus padres. Es el momento en que el sujeto es “Objeto del deseo” de sus padres.

En un segundo momento, necesita construir un “holograma interno” del vínculo de amor de sus padres, sus abrazos, besos, y hasta escenas sexuales, para poder así posicionarse en el lugar de los mismos. Es el momento en que comienza a asumir su identidad sexual y de amor, cuando asume el lugar de su correspondiente sexo. Para el psicoanálisis se denomina “identificación” a la asunción de modelos. Tales modelos abarcan en primer lugar el de la diada de los padres, que le da la posición del sujeto en relación a que incorpora a su padre en relación a su madre. Pero también-como es muy conocido-se operan identificaciones cruzadas, como el sujeto respecto de su madre o su posición respecto de su padre emulando al de la madre.

Entonces, sustituimos el concepto de “Complejo de Edipo” por el de “Programa Edípico”, a la vez que la idea de “identificación” por el de formación de “hogramas emocionales” internos, como campo de lo psíquico, donde se juega la posición del sujeto en relación al otro tanto como sus posibilidades emocionales inscriptas en su programa.

En el proceso de “Programación emocional”, el sujeto se centra en su rol, en su posición sexual, en cómo ama su padre

para poder ubicarse en su lugar. Es su “punto de vista”, su propia interpretación” y estructuración lo que se juega. Por ello, la idea de “Interpretación” sustituye al de “fantasía”, más acorde como efecto del programa. Es una interpretación singular, que conforma el “Paradigma emocional” del sujeto que, luego, puede cobrar derivaciones, distorsiones, o fantasías que le ayuden a repetir los momentos placenteros.

Así, para poder desear y amar, el sujeto necesita programar el modelo de amor de los padres hacia él y de estos entre sí en un todo estructurado que llamamos “holograma emocional”. El carácter de idea, de esquemas, de engramas y de emociones y de eroticidad resaltan en el concepto de holograma. Es una imagen viviente, simbólico, que el sujeto construye a partir de su interpretación de lo que observa en el escenario sexual y de amor de sus padres.

Conjuntamente al proceso de programación, que no es caótica porque conlleva una lógica, un engrama, una “gramática emocional” en concordancia con el estilo o modelo de amor de los padres. Es decir, podemos ubicar la faceta normativa, lo que se permite, lo que se prohíbe, aunque cada pareja se trasmite como modelo hegemónico, quedando los hijos atrapados en tales hologramas emocionales. Es decir, una pareja “perversa” transmitiría su perversión y no el régimen de la prohibición del incesto tal como lo imaginan muchos. Al contrario, las trasgresiones sexuales, extralimitaciones o “perversiones” se transmiten íntegros en los hijos. Pero cada pareja transmite un estilo normativo o de prohibición que los hijos incorporan en su programa emocional.

Al mismo tiempo, se graba el “programa materno” y el paterno, porque el niño puede interpretar y grabar el estilo de amor y de cuidados de sus padres. Es decir, al activar el placer corporal vía estímulos emocionales, y sus avatares, los padres transmiten un modelo de paternidad y de maternidad y no solo de amor o de sensualidad.

En cuanto a que ciertos contenidos del Edipo es “olvidado” o “reprimido en el inconsciente”, decimos que no son olvidados sino desplazados en los vínculos fraternos, en los “Juegos sexuales” intrafamiliares, en el jardín de infante donde se operan “elecciones del objeto de amor” así como activaciones del amor a la madre en sus substitutas como la maestra jardinera, etc.

Mejor dicho, el niño se autoprograma-con su capacidad electiva y de simbolización-a partir de los modelos de amor y de sexualidad de sus padres. Tales programaciones no son solo eróticos o de amor porque se vinculan con el “Programa de vida” del sujeto y su “Frase fundante”, que otorga un sentido de vida a todos los aspectos emocionales de la existencia. El sujeto ama según un estilo de amor, un estilo del deseo, un modo de ser, un formato existencial y gracias a la Frase fundante que otorga sentido a su vida. En ese “sentido existencial” es donde cobra sentido la vida sexual o el programa emocional.

El niño no desexualiza a sus padres porque lo desplaza hacia los juegos entre hermanos, en el jardín, la escuela y lo que capta es que el amor de sus padres son diferentes al propio, tanto como su vida sexual. Pero lo que se conoce como “Investigación sexual infantil” continúa incluso en la

adolescencia, donde aparecen nuevas interpretaciones de lo grabado y que aparecen en las fantasías así como nuevos descubrimientos respecto de la vida sexual de la madre o del padre. Un hijo puede descubrir que su padre es infiel, por ejemplo, lo que cambia el total de su programa sexual. Es decir, el modelo directo de amor y de sexualidad para un hijo varón es el padre y para la niña su madre. Lo que difiere es que la niña debe ubicarse en el lugar de su madre para amar a su padre, así como desear al mismo como su madre al padre. Incluso a temprana edad, la madre “cede” a su hija al padre, en el sentido en que las niñas son para los padres y los niños para las madres, emulando el vínculo de los padres. Es decir, a la niña se la programa para vincularse con su padre y al niño con su madre. Freud vincula esto con la carencia de pene que experimentan las niñas y que ubica como causa del pasaje de la madre al padre. Pero esto ocurre mucho más tarde, hacia los cuatro años y requiere que la madre oriente a su hija hacia su padre. Es como si dijera: “Tu que eres como yo y debes acostumbrarte a amar y desear a tu padre”.

Lo crucial es que la “matriz emocional” de los padres “se transmiten” en sus hijos como programa de amor y de sexualidad. Y en cada pareja es diferente, aunque debemos recordar que el “programa biológico” prefigura algunos caminos predeterminados: la boca como zona erógena, de placer, etc., que luego vemos en el beso. La fase anal como zona erógena, la fase fálica donde la zona erógena es el pene, con el “falo” como premisa universal, o mejor, allí los niños creen que todos tenemos penes. Siguen otras fases como el de latencia, lo que resulta criticable porque ya habíamos afirmado que el niño desplaza y elige un objeto de amor en

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

